

aparentar, el dar una buena impresión. Es en 1911 cuando Schnitzler tras autoevaluarse se define mejor como narrador que como dramaturgo dando lugar a nuevos temas que caracterizan a sus personajes, sobre todo los femeninos, desde el punto de vista del psicoanálisis: nerviosismo, neurosis, modernidad, esteticismo, escepticismo, vitalismo, afición por las prácticas deportivas, tendencia a la evasión (el viaje), el hedonismo y la condición urbana son los temas que caracterizan a los personajes en sus obras y se convertirán en mitos de la literatura austríaca a través del Anatol (personaje masculino) y de la *süßes Mädel* (personaje femenino). Anatol aparece como un dandy, con fortuna, un don Juan que vive el momento relacionándose con mujeres de distintas clases sociales, desde prostitutas hasta damas ya casadas. Por otro lado, la *süßes Mädel* representa una muchacha inocente, ingenua, que se fija en hombres superiores a ella y aspira a contraer matrimonio con alguno de ellos. Normalmente es de buena familia. La sexualidad en ella nunca se menciona aunque se puede apreciar que siempre va implícita. Arthur Schnitzler, como médico que fue, sabe plantear en el texto y hacer llegar al lector-espectador los sentimientos y pasiones de una pareja, cómo surgen, cómo se desarrollan pero también cómo llegan a su desaparición y destrucción, incluso en ocasiones al suicidio de esta *süßes Mädel*.

En contraposición a este tipo de personajes aparecen otros como el médico o el militar. Este último aparece en *Leutnant Gustl*, obra que derivó en problemas con el ejército por plantear la figura de un suboficial del ejército que, por su debilidad psicológica, se plantea el suicidio. Otro de sus escándalos fue la obra *Reigen* (1900) en la que a lo largo de sus diez escenas con personajes muy variados se plantea la incapacidad del individuo para amar y van de pareja en pareja sólo por placer dando a entender que la sociedad de momento ha perdido todos los valores.

En definitiva, en el libro de Olga García conocemos un Arthur Schnitzler que nos presenta a lo largo de su vida literaria la realidad de la época cuestionándose desde el interior del individuo qué es lo que ocurre alrededor de éste. No sólo apreciamos la capacidad creativa de Arthur Schnitzler, sino también la crítica hacia la realidad del momento. Es un libro de fácil lectura que aborda temas de la vida personal y literaria de Schnitzler aportando fragmentos donde se pueden ver los aspectos característicos de la obra de este dramaturgo y narrador austríaco.

Sergio MARTÍNEZ

GONZÁLEZ DE LA LLANA FERNÁNDEZ, Natalia: *Adán y Eva, Fausto y Dorian Gray: tres mitos de la transgresión*. Madrid: Universidad Complutense 2006. 286 pp.

El *Génesis*, el *Fausto* de Goethe y *El retrato de Dorian Gray*: difícilmente se encontrarán tres textos procedentes de contextos histórico-culturales más distantes y heterogéneos. Un estudio comparado de los tres excede las competencias tanto de la comparatística tradicional como de otros marcos teóricos más abiertos y po-

rosos en el tratamiento de las relaciones literarias. El posible nexo común entre estos tres documentos culturales nos traslada por fuerza al ámbito de los grandes universales que han forjado el imaginario de Occidente, el elenco de imágenes y tramas que por estar ancladas en la estructura profunda del inconsciente regresan una y otra vez adoptando las más diversas formas y han merecido por ello la consideración de mitos. La mitocrítica es la escuela teórica que con más empeño exploró durante el pasado siglo la presencia de estas formas elementales de la imaginación en las distintas modalidades de expresión cultural y artística. Su fundador, Gilbert Durand, parte fundamentalmente de los arquetipos jungianos para indagar la existencia de figuraciones simbólicas recurrentes. Su premisa teórica, sin duda problemática, es que, reducidas a su más elemental expresión, esas estructuras míticas no son un producto histórico desde el momento en que la misma historia es un producto de ellas. En las antípodas del marxismo crítico, a medio camino entre el estructuralismo y la antropología cultural, la mitocrítica ofrece la base teórica para plantear ricos y sugerentes estudios comparados entre las más diversas manifestaciones artístico-culturales, pero al precio de acercarse en ocasiones peligrosamente a un esencialismo que da por sentada la existencia de conceptos y realidades sin poner de relieve su contingencia. Sumándose a esta tradición teórica, el presente estudio asume como punto de partida la formulación de un mito común a los tres textos: el de la caída provocada por un gesto transgresor del hombre que, buscando equipararse a Dios, es tentado por el mal y termina recibiendo el justo castigo a su *hybris*. En el capítulo inicial, donde se plantean los presupuestos teóricos y metodológicos del estudio, Natalia González define el mito como “sistema dinámico de símbolos y arquetipos que, bajo el impulso de un esquema, tiende a convertirse en relato”, entendiendo el arquetipo como invariable del imaginario universal y el símbolo como una concreción de éste más condicionada por factores socio-culturales. Pero la investigación no se interesa sólo por la plasmación literaria de esta construcción mítica, sino que entiende a su vez la representación poética como contribución a un imaginario religioso. De ese modo, el trabajo se ubica entre la mitocrítica y los estudios de religión, distinguiendo más allá de las creencias particulares que acompañan la historia de la humanidad una religión arquetípica, en la que se ensamblarían las disposiciones y aspiraciones espirituales de todas las culturas. Los tres textos examinados deben entonces documentar a un tiempo la pervivencia de unos arquetipos míticos en diferentes símbolos del imaginario poético y su relación con una idea intemporal de trascendencia.

Natalia González desglosa el estudio sincrónico del mito en tres momentos: la libertad que subyace a la opción transgresora, la oposición entre el bien y el mal y la resolución en forma de castigo y caída. Cada uno de estos componentes es analizado a partir de las mutaciones que experimentan sus elementos simbólicos a lo largo de la historia. Así, el principio del Mal se encarna en la serpiente o Mefistófeles, que su vez se descompone en una serie de imágenes simbólicas diseminadas por distintas culturas y tradiciones literarias. La autora no tiene inconveniente en admitir los puntos en que alguna de las tres fábulas se aparta de la estricta formulación del mito: en Fausto la transgresión no se salda con la condena y en la obra

de Oscar Wilde el agente del Mal no se identifica con un símbolo. Su análisis no somete los textos a una violencia interpretativa y respeta el contexto original tanto de las obras como de los motivos simbólicos incorporando una dimensión diacrónica a su estudio. También el juicio valorativo de los componentes que integran el mito se mantiene en una indeterminación acorde a la amplitud del panorama examinado: el motivo del conocimiento es considerado tanto en sus connotaciones negativas (soberbia del robo prometeico) como positivas (progreso y libre desarrollo de la razón conforme a la voluntad divina) y la misma ambivalencia se constata en el tratamiento que recibe el rol de la mujer. La autora concluye que al violar la ley de Dios para igualarse a él mediante la conquista del conocimiento o de la eterna juventud, el hombre atenta en realidad más contra su propia naturaleza que contra el mandato de una autoridad superior. A la conciencia de la propia finitud y limitación acompaña la libertad que permite al hombre lanzarse a su autosuperación a través de los medios que el Mal pone en su camino. Y es justamente el uso indiscriminado de cualquier medio a su alcance lo que a la postre lleva al hombre a la perdición, no tanto un énfasis de superación que se sitúa entre las ideas fundamentales de ese imaginario religioso original postulado por la autora. En los crímenes perpetrados por Dorian Gray y Fausto subyace una agresión no ya contra la voluntad divina, sino contra la condición humana, cuyo destino consistiría en la laboriosa construcción de un mundo a imagen y semejanza del universo divino conforme al ideal renacentista. El estudio termina extrayendo entonces, más allá de la lectura teológica y existencial del mito, una de alcance moral que contrapone la rebelión titánica del ser ambicioso e inconstante con la evolución constante del hombre que sigue un ideal de perfección. Es en este punto, cuando se eleva a la dimensión más abstracta y general del mito analizado, donde pueden plantearse objeciones, no tanto al desarrollo de los argumentos seguidos por la autora, consecuente con sus premisas iniciales, sino a las limitaciones de esos mismos presupuestos. Resulta complicado aceptar, por ejemplo, que el anhelo de retorno a lo increado, al momento que precede a la escisión de la conciencia, sea un motivo intemporal del mito cuando esa nostalgia del paraíso perdido hunde claramente sus raíces en el imaginario del idealismo romántico. Se plantea aquí un apasionante y seguramente insoluble debate en torno a cuestiones fundamentales de la hermenéutica, la crítica cultural y la antropología que nos lleva en todo caso más allá del objeto de estudio impecablemente analizado por la autora en su libro.

Germán GARRIDO

HERNÁNDEZ, Isabel: *Jeremías Gotthelf (1797-1854)*. Madrid: Ediciones del Orto 2011. 95 pp.

Una vez más, Ediciones del Orto, en su colección de la Biblioteca de la Literatura Alemana nos trae otra biografía de un autor de suma importancia para la historia de la literatura alemana, sobre todo cuando hablamos del período más con-